

de la entrada de los israelitas en la tierra prometida y su conquista de esa tierra, un drama más profundo y no menos apasionante: la peregrinación espiritual de cada cristiano, partiendo del bautismo (simbolizado por el cruce del Jordán), pasando por la lucha contra el demonio y los vicios (simbolizado por las muchas batallas contra pueblos enemigos), hasta llegar a la gloria del Reino de Dios (simbolizado por el asentamiento del pueblo en la tierra prometida). El intenso tono dramático con que Orígenes dibuja la historia interior del cristiano recuerda el que hallamos en sus homilías sobre el Éxodo: el camino espiritual del cristiano hacia la perfecta santidad, siguiendo la guía de Jesús (simbolizado por Josué), está sembrado de tentaciones, de guerra interior y de esfuerzos titánicos.

Es sabido que gran parte de las obras de Orígenes fueron destruidas con ocasión de las controversias origenistas; en concreto, el texto completo de sus homilías sobre Josué sólo nos ha llegado en la traducción latina, hecha por Rufino. En la Introducción a la actual versión inglesa, Barbara J. Bruce —que se encargó de la traducción al inglés— argumenta la fiabilidad sustancial de la versión rufiniana. Ciertamente, Rufino recurrió habitualmente a la paráfrasis, en vez de traducir palabra por palabra los textos de Orígenes; a pesar de ello, parece claro que transmitió con bastante fidelidad las ideas origenianas. (De hecho, hay un notable parecido con el procedimiento interpretativo de las homilías sobre Josué y el que hallamos en otras obras que nos han llegado en su versión griega original, como algunas partes del Comentario a Mateo).

La introducción también contiene una exposición sucinta, y bastante actual, de la vida y el ministerio de Orígenes, de su concepto de la Escritura y

de su método de interpretación bíblica. Así pues, nos encontramos ante una traducción moderna, muy solvente y legible, precedida por una presentación de gran utilidad para que el lector comprenda mejor las homilías de un teólogo y maestro espiritual.

José Alviar

SAGRADA ESCRITURA

Philippe BORDEYNE (dir.), *Bible et morale*, Cerf («Lectio Divina»), Paris 2003, 220 pp., 14 x 22, ISBN 2-204-07292-3.

El libro no puede ser más oportuno y más actual, teniendo en cuenta que la Pontificia Comisión Bíblica ha encargado a sus miembros el estudio de las relaciones Biblia-Moral en orden a la publicación de un documento previsto para el año 2006 en el que se proporcionarán elementos y líneas de investigación para escrituristas y moralistas. Intenta mostrar la situación actual de los estudios bíblicos respecto a la moral y de los planteamientos éticos relacionados con la Biblia. Ya en la introducción Ph. Bordeyne, que explica el objetivo del libro y la distribución de los capítulos, reconoce las dificultades que siempre ha habido en el diálogo entre biblistas y moralistas. Antes del concilio Vaticano II, porque los moralistas basaban sus enseñanzas en la ley natural explicada con categorías filosóficas. Después del Concilio, que aconsejó que la exposición científica de la moral debía «nutrirse de la doctrina de la sagrada Escritura» (*Optatam totius*), tampoco se ha avanzado mucho, pues el pluralismo moral y la multiplicidad de métodos exegéticos y de acercamientos al texto bíblico hacen que la relación entre ambas disciplinas encuentre no pocos obstáculos.

El libro es fruto de un coloquio organizado por profesores de la Facultad de teología y de ciencias religiosas del Instituto Católico de París, celebrado en octubre de 2003. Consta de tres partes. La primera presenta la situación actual de los estudios en ambos campos: la exégesis contemporánea ante las perspectivas morales corre a cargo de O. Artus, que es miembro de la PCB; la teología moral ante la renovación bíblica es expuesta por F. Bordeyne profesor de teología moral.

La segunda parte, que el editor anuncia como la más original, comprende cuatro trabajos sobre el problema de los emigrantes en las sociedades más avanzadas. Los dos primeros ya fueron publicados en la revista *Concilium* en 1993 a cargo del biblista F. Crussemann y del moralista D. Muller. Los otros dos vienen a ser un juicio crítico y actualizado con objeto de completar las aportaciones anteriores y valorar las coincidencias en el enfoque de un mismo tema. J. Asurmendi encuentra muchas dificultades para que biblistas y moralistas utilicen las mismas categorías y, por tanto, las mismas palabras al tratar un tema concreto; llega a la conclusión de que la relación entre ética cristiana y Escritura es el «nivel de homología». Termina con una pregunta que refleja su escepticismo: en el estado actual de la investigación, «¿qué hacer para que los acercamientos a la Biblia, el del exegeta y el del moralista se encuentren? (p. 102). G. Médevielle constata que el moralista tiene que estar en diálogo con la ética pluralista, religiosa o secular de nuestra sociedad y las aportaciones bíblicas, centradas en problemas de otra época, dificultan este diálogo. Es imprescindible, dice, incorporar la reflexión de los teólogos dogmáticos para elaborar entre los tres una contribución cristiana a la ética con-

temporánea. C. Tassin hace una evaluación del problema del emigrante y extranjero desde el Nuevo Testamento a partir del texto de 1P 2, 11-12. Después de un estudio sugerente de la carta de Pedro, llega a la conclusión de que no desarrolla una moral específica que contraponer o compaginar con la moral de sus contemporáneos. La epístola refleja un diálogo con el pensamiento estoico, pero no con afán de criticarlo sino para valorarlo y asumir sus puntos positivos. De igual modo la exégesis hoy ha de atender a perspectivas históricas y escatológicas, dejando a los moralistas que solucionen los problemas en diálogo positivo con la ética profana contemporánea.

La tercera parte plantea las posibles condiciones teológicas requeridas para un encuentro entre exegetas y moralistas, expuestas en cuatro trabajos breves. V. Holzer abre el campo de visión al poner de relieve que la relación exegesis-moral hay que englobarla en aquella más amplia, exégesis-teología. Toma como punto de referencia la evolución de los estudios cristológicos e invoca la posición de Tomás de Aquino que supo alcanzar un equilibrio entre las primeras formulaciones cristológicas transmitidas por la Escritura y las posteriores elaboraciones repensadas a partir de la metafísica. O. Artus plantea si la Ley en el A.T. es un concepto teológico, y responde afirmativamente porque en la Torá la formulación de las leyes es inseparable de los relatos que subrayan la intervención salvífica de Dios. Los dos últimos trabajos abren perspectivas de futuras colaboraciones. Ph. Bordeyne es más bien pesimista, aunque aboga por un encuentro enriquecedor. El pluralismo moral reciente en nuestros días y el cambio operado en la exégesis que se interesa menos por problemas históricos del texto y más por la hermenéutica

auguran encuentros fecundos para ambas disciplinas. F. Bousquet, teólogo dogmático, es más optimista y propone que Cristo es quien revela la verdad sobre el hombre y quien comunica el Espíritu del Padre. Este Espíritu es el impulsor de la Escritura, de la moral y de la relación entre ambos.

Cierra el libro un breve postprefacio de J. Briend que insiste una vez más en la mutua colaboración: «El teólogo moralista debe ser ayudado en su lectura de la Biblia por el exegeta, y éste debe ser capaz de explorar los entresijos de un texto para que la Palabra de Dios pueda iluminar el tiempo presente».

Es un libro sugerente que suscita numerosos interrogantes y abre perspectivas para seguir reflexionando sobre un tema que no está ni muchos menos resuelto a gusto de todos. Es, a la vez, un ejemplo de diálogo entre teólogos de diferentes disciplinas, a pesar de que todavía afloran más las divergencias que los puntos de acuerdo.

Santiago Ausín

António COUTO, *Pentateuco. Caminho da Vida Agraciada*, Universidade Católica Editora, Lisboa 2003, 301 pp., 15 x 23, ISBN 972-54-0049-6.

El momento presente es un tiempo de crisis y de creatividad en la crítica literaria acerca del Pentateuco.

Se puede hablar de crisis, a pesar de la gran abundancia de investigaciones parciales que se publican continuamente, ya que sigue faltando un esquema claro, que sea convincente para todos, y en consecuencia ampliamente compartido, en el que integrar los resultados de esos estudios. La coexistencia de paradigmas como el de Heidelberg (Rendtorff, Blum, Crüsemann, van Seters, y

muchos más, con notables diferencias entre sí), el del autor único tardío (Whybray, y seguidores), o el de Münster (Zenger, y otros) obliga a realizar un notable esfuerzo por sintetizar las propuestas más significativas y a la vez a tomar una opción personal en la estructuración del tratado, ya sea inclinándose hacia alguno de los caminos más trillados, ya intentando un vía media o un acercamiento personal. En consecuencia, es muy difícil ofrecer una síntesis adecuada en un manual dirigido a alumnos que se inician en su estudio.

A la vez es un momento de creatividad. Los estudios históricos sobre la emergencia de Israel en la tierra de Canaán, en continuo desarrollo en las últimas décadas —aunque tampoco en ese ámbito hay un marco claro y pacíficamente compartido de referencia—, exigen ser tenidos en cuenta, y obligan a un esfuerzo por integrar las hipótesis literarias en marcos históricos que sean verosímiles en un contexto histórico cada vez mejor conocido.

En la presente situación, este manual supone una apuesta valiente. El autor es consciente de que ha de tomar una decisión entre las alternativas que se le ofrecen, y lo hace eligiendo una opción personal que integra, con cierta libertad, los distintos caminos abiertos en la investigación actual. Asume, pues, un modelo propio, que se mueve en una línea más o menos cercana a la propuesta por E. Zenger. En la peculiar vía que el autor propone, hay un J (Yavista / Jerusalén / Judá), una trama narrativa abierta, que es davídico-salomónico, pero también marcado por los acontecimientos del 733, 722/721 y 701 a.C., e incluso probablemente por los del 597 y 587. También profesa la identidad de un E (Elohísta / Efraín, que respira ambiente profético y antimonárquico), y por supuesto D (Deuteronomíco), Dtr